

“LLÉVAME EN POS DE TI”

— Sobre el espíritu de la Pascua —

Ejercicio del Oratorio

27 de abril de 13



Os propongo como ejercicio del oratorio de este sábado un rato de meditación sobre un pasaje bíblico, una de las apariciones de Cristo resucitado. Espero que en mitad del tiempo de Pascua, el ejercicio de hoy nos ayude a vivir con más intensidad la vida que el Espíritu Santo infunde en la Esposa de Cristo, esto es en la Iglesia; que nos ayude a vivir la vida que Cristo nos regala con su Pascua, con su muerte y con su resurrección.

El episodio del Evangelio del que voy a hablaros siempre ha impresionado vivamente mi imaginación y mi afecto, con esto os digo que no hago otra cosa sino ofrecer algo de lo que hay en mi alma.

El episodio en cuestión es aquel encuentro de María Magdalena con Jesús resucitado. Un episodio que relata san Juan. He aquí el pasaje de san Juan:

“María estaba fuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y vio a dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido colocado el cuerpo de Jesús.

Ellos dijeron: –Mujer, ¿por qué lloras? –Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto –les respondió–.

Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dijo Jesús: –Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: –Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.

Jesús le dijo: –¡María! Ella, volviéndose, exclamó en hebreo: –¡Rabbuni! – que quiere decir: «Maestro»–.

Jesús le dijo: –Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete donde están mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».”

(Jn 20,11-17; Biblia de NAVARRA)

Para entender la escena, para entender a María Magdalena, entender qué hacía allí al pie del sepulcro, su búsqueda del cuerpo muerto de Jesús, hay que tener presente su vida antes y después del encuentro con Cristo y hay que tener

en cuanto lo que ella había podido observar muy de cerca, en los días previos: la muerte de su Maestro.

No vamos a hacer aquí una reconstrucción de la vida de María Magdalena, nos basta recordar que esa vida había sido transformada en el encuentro con Cristo, en el encuentro con un amor misericordioso y gratuito, un amor que fue capaz de redimirla, esto es de rescatarla, liberarla y de transformarla.

Lo que sí quiero decir es que este amor misericordioso con el que ella experimentó la irrupción de Cristo en su vida se convirtió en una especie de lazo con el que quedó ligada a Jesús.

Dios habla de este lazo de amor en el profeta Oseas: **«Con vínculos de afecto los atraje, con lazos de amor. Era yo para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas. Yo me inclinaba a él y le daba de comer»** (Os 11,4). Se describe así el amor con el que Dios atrae a su pueblo. La Escritura usa en este pasaje dos expresiones: **«lazos de amor»** y **«vínculos de afecto»**, que otros traducen como **«vínculos humanos»**. La Biblia de Jerusalén, de una forma más expresiva, traduce **«cuerdas humanas»**. San Jerónimo traduce el texto hebreo así: **«Con las cuerdas de Adán los arrastré, con los lazos del cariño»**¹.

Lo que está claro es:

Primero, que el texto hace referencia a un lazo, un vínculo con el que Dios ata, une al hombre a sí mismo.

En segundo lugar, que este vínculo es el amor. Por tanto, aunque se hable de lazo, o de cuerdas, se está hablando de un vínculo que no esclaviza, porque el amor necesita de la libertad y es incompatible con cualquier forma de esclavitud. El amor con el que Dios ata al hombre, no es ninguna imposición, sino más bien un amor que persuade y atrae al hombre para que libremente se una a él.

En tercer lugar: este vínculo de amor con el que Dios ata al hombre es un amor divino, es el amor de Dios, un movimiento de benevolencia y de afecto

¹ Cf. S. JERÓNIMO, *Comentario a Oseas III*. En: *Id. Obras Completas III a. Comentarios a los profetas menores*. (BAC 606,

profundo que nace en el corazón de Dios y que le mueve hacia el hombre, que hace que Dios busque al hombre y busque su bien. Es, insisto, un amor de Dios, con la fuerza, con la belleza, con la bondad, que sólo puede tener el amor de Dios.

En cuarto lugar: Sin embargo, aunque es un amor divino, el texto habla de un «vínculo humano», «lazos humanos», «cuerdas de Adán».

Este detalle es el mayor de los misterios del texto del profeta Oseas: un amor cuyo protagonista es Dios, pero que es un «vínculo humano», «lazos humanos». Se entiende que se diga que este amor de Dios tiene también este carácter humano porque a lo largo de toda la historia de la salvación Dios ha conversado con los hombres comunicándoles su amor, y lo ha hecho al modo humano, usando palabras humanas, los modos humanos. Es lo que llamamos “la condescendencia de Dios” en su revelación, que llama al hombre a la amistad con él, con palabras y hechos que el hombre puede entender, es decir, al modo humano. Esta «condescendencia» de Dios cuando se dirige al hombre, adaptándose a su naturaleza, llega hasta detalles realmente hermosos. Por ejemplo, en el AT Dios habla a su pueblo a través de los profetas, Moisés, Elías, Isaías..., y al convertirse en mensajeros de Dios no quedan hechos marionetas, sino que cada uno de ellos conserva su propia personalidad y Dios se comunica a través de sus palabras, sin anular la personalidad de cada uno de ellos, de forma que podemos ver que uno era culto y otro no, que uno era más «sensible» y otro más «bruto», etc. Lo mismo se deja ver cuando la revelación de Dios se pone por Escrito con la inspiración del Espíritu Santo y da como fruto la Biblia. Esta inspiración del Espíritu Santo no usa a los hombres como meros copistas, sino que lleva a cabo la inspiración de las Escrituras sin destruir, más bien al contrario, la humanidad del que escribe. En todos estos detalles podemos observar que Dios se dirige al hombre al modo humano, a través de hombres y sin destruir para nada su humanidad. El ofrece su amor divino de forma humana.

Sin embargo no todo queda ahí. Dios no sólo ha querido expresar su amor divino humanamente sino que ha querido realizarlo humanamente. Su

condescendencia le ha llevado a querer amarnos humanamente, como un hombre verdadero. Y así, se ha hecho hombre, no sólo para expresarnos humanamente el amor eterno que él nos profesa, no sólo para decirnos: «**Oye, escucha, que te amo desde siempre, y que mi amor por ti es gratuito y es misericordioso, que es eterno...**». Sin duda eso es así. Y muchas veces hemos dicho y hemos escuchado una gran verdad. Que la cruz de Cristo es un gran grito de Dios al hombre, un grito con el que Dios públicamente y a la vista de todos le dice al hombre la grandeza de su amor. Pero no es sólo eso. Hay algo más. La cruz no es sólo la expresión humana del amor de Dios, sino su realización. En la cruz Dios pone en acto humanamente su amor divino y perfecto. Y éste es el colmo de su condescendencia.

Mirad bien cómo es el amor humano: el amor humano crece en el tiempo, cuando es verdadero, y en este paso del tiempo encuentra momentos en los que poner en acto este amor, de tal forma que este amor puesto en acto va creciendo. Este amor se pone en acto por ejemplo, cuando el esposo *espera* encontrarse con su esposa, se pone en acto muchas veces cuando *realiza* el acto conyugal, cuando *escucha*, cuando *sirve*, cuando *perdona*, cuando *se adelanta* a las necesidades, cuando *mira y escucha* a su esposa, cuando la *trae* un regalo o cuando *espera* de ella un gesto de afecto... Y atención: cada uno de estos actos no recaen sólo fuera de nosotros, en el ejemplo que he puesto, sobre la esposa, sino que vuelven sobre el sujeto que los realiza y lo va modelando. En realidad todos nuestros actos morales no quedan fuera de nosotros, sino que vuelven sobre nosotros y nos perfeccionan o nos degradan progresivamente.

Pues bien, el Hijo de Dios se sometió a esta ley de la naturaleza humana para amarnos conforme a nuestra naturaleza, y nos amó como hombre verdadero llevando a la perfección humana su amor divino. El camino que recorre desde su más tierna infancia hasta la cruz en el Gólgota es el camino de la perfección de su amor divino realizado humanamente. ¿Para qué? – Para saciar la necesidad que hay en nosotros de un amor humano, pero de un amor humano que sea perfecto, es decir de un amor divino.

Hasta este extremo le llevó su condescendencia.

Lo que sigue me lo habéis escuchado más veces. Que el perfeccionamiento del amor en la humanidad de Cristo se expresa de mil formas en los Evangelios. Por ejemplo cuando san Juan dice, al introducir el relato de la Pasión y muerte de Cristo: «**Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo**» (Jn 13,1). Muchos interpretan que este «amar hasta el extremo» es sólo una fórmula literaria para introducir la pasión, pero que, en realidad el amor de Dios es perfecto desde el principio hasta el fin, que no hay progreso en el amor de Cristo por el hombre. Algunos incluso, traducen el texto griego (*telos*), como «fin», «los amó hasta el final», como dando a entender que los amó hasta el último momento. Pero la palabra griega significa mucho más, la palabra griega hace referencia más bien a la plenitud de una cosa, a su meta, a su realización perfecta. Tienen razón cuando dicen que el amor de Dios, por tanto el amor del Hijo de Dios, es perfecto de principio a fin y que si es así no puede crecer, no puede ir de lo menos a lo más, de lo menos al extremo, porque siempre es perfecto; pero olvidan que el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana verdadera, una naturaleza histórica capaz de crecer en su perfección, capaz de crecer en el amor.

Y por eso os he dicho que en Jesucristo, Dios no sólo expresó su amor humanamente, sino que lo realizó de un modo humano. Cristo amó con un corazón verdaderamente humano, que fue llevado a la perfección del amor, en el ejercicio de su caridad con los hombres y en el ejercicio de la obediencia a su Padre. Por eso para los cristianos, para nosotros, cada momento de la vida de Jesús que recogen los evangelios es valioso, porque cada uno de ellos es uno de los pasos por los que el Hijo de Dios fue llevando a la perfección su amor humano por nosotros. Por eso no podemos olvidar nada del Evangelio, por eso debemos guardar cada momento como un tesoro, por eso debemos considerar cada uno de los misterios de la vida de Cristo en sí mismo, porque cada uno de ellos es un nuevo y más perfecto acto de amor que llegará hasta la perfección del amor en la cruz.

Quiero traer aquí aquella escena que vimos en la película La Pasión, aquella escena en la que Santa María recoge la sangre de su Hijo con los lienzos, para

que nada se perdiese. Así debemos acercarnos nosotros a Cristo, no sólo en la Eucaristía, sino en cada uno de los pasajes del Evangelio. Debemos acercarnos a él de tal forma que nada se pierda.

El caso es que en la cruz se realiza plenamente lo que decía Dios en el profeta Oseas sobre su amor hacia nosotros: Un amor que es “lazo de Adán”, un vínculo humano; pero un amor que es de Dios, es decir, perfecto. Este amor nos atrae, nos ata a Dios, nos vincula a Dios, pero respetando en todo nuestra libertad, porque no se impone por la fuerza. ¿Cómo se puede imponer quien está crucificado? ¿Cómo puede imponer su fuerza quien en la cruz se debilita hasta morir? Este amor, como todo amor verdadero, no se impone por la fuerza. Llama a la puerta de nuestra alma y nosotros le abrimos, no violentados por su poder, sino por la fuerza persuasiva de su bondad, por la belleza de su gratuidad.

Nosotros somos hombres y necesitamos un amor humano. He aquí un amor humano y el de Cristo es humano. Pero nuestra alma creada por Dios para él no resiste un amor mediocre, ni siquiera imperfecto. Y contradecemos nuestra naturaleza, la que hemos recibido de Dios, cuando, al experimentar las limitaciones del amor de los que nos rodean, de hijos, padres, esposos o amigos, intentamos ahogar el deseo de nuestra alma y la decimos: **«confórmate, porque sólo encontrarás este amor mediocre»**. Nada de eso: estamos hechos para el amor eterno, para un amor que no pueda sufrir muerte, ni mancha, ni defecto, pero que sólo puede venirnos de Dios. Estamos hechos para el amor de Dios: **«Nos hiciste Señor para ti, y nuestra alma estará inquieta hasta que descanse en ti»**. A cualquier otro amor, al final, antes o después, tendremos que acusarlo de insuficiente, porque todo es poco y pequeño para la capacidad increíble de nuestra alma, para esta alma hecha para Dios y que reclama la visión y el amor de Dios. Pues he aquí en Cristo, un amor así: humano y divino; humano y perfecto; humano y eterno.

Cristo ha resucitado, Cristo vive y vive su amor por nosotros. Más aún su amor humano, tal como lo hemos descrito, cada uno de los pasos humanos de este amor suyo y también el último paso de su amor llevado al extremo, a la

perfección, en la cruz, permanecen. Al resucitar, el Hijo de Dios no ha dejado atrás su humanidad, ni su amor humano, no ha dejado atrás su cuerpo y su corazón humano, por eso sus llagas permanecen en su cuerpo glorioso, porque su amor humano por nosotros no ha quedado atrás en la historia. Y así cuando celebramos la Eucaristía tenemos delante un acontecimiento de amor presente: no porque se repita la cruz, sino porque su cruz, su amor que se entrega por nosotros, permanece por toda la eternidad.

Con lo dicho podemos entender mejor estas palabras de Jesús: «**Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí**». «Ser elevado sobre la tierra» se refiere a su cruz. Pero dice que atraerá a todos hacia sí, habla de todos los hombres, de los hombres de todos los tiempos. Era necesario que este amor humano y perfecto, humano y divino, permaneciese y se extendiese por el universo entero y a lo largo de toda la historia. Eso es el cuerpo resucitado de Cristo, el cuerpo que mantiene en sí las llagas de la pasión. Eso es su Iglesia, que se extiende también por toda la tierra, cuyos hijos alimentados con la Eucaristía, actualización del sacrificio eterno, reproducen y completan en sí mismos los sufrimientos que faltan a la pasión de Cristo, haciendo presente su amor entre todos los hombres, hasta que él vuelva.



La cruz permanece, permanece como un acto de amor que ha vencido la muerte y ha roto todos los límites humanos, permanece en el cuerpo glorioso de Cristo resucitado, permanece en la Iglesia, en los cristianos y en la Eucaristía. De esta cruz que permanece el Señor dijo: **«Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí»**. Y ese atraer del que habla Jesús refiriéndose a su cruz es la realización de aquello que había expresado el Espíritu Santo en el profeta Oseas: **«Con vínculos de afecto los atraje, con lazos de amor. Era yo para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas. Yo me inclinaba a él y le daba de comer»**.

Ningún amor humano es así. Y si no es en el amor de Dios, por bueno que sea, todo amor humano muestra al fin su fragilidad y sólo produce dolor. Quiero hacer hincapié ahora en la imperfección del amor humano, para que entendamos mejor qué amor es el que Cristo nos ofrece en la cruz, que es humano pero divino.

El amor de los hombres, aún cuando sea bueno será siempre imperfecto. Dejo a un lado los que no son buenos, esto es, los que son claramente pecaminosos, que no merecen el nombre de amor. Pues bien, el amor humano, por bueno que sea, está lleno de muchas imperfecciones, unas imperfecciones derivan de la ignorancia, otras de la debilidad de la voluntad.

Pongamos algún ejemplo. Un padre puede querer mucho a su hijo, pero un padre humano no conoce del todo nunca el corazón de su hijo, ni sus potencialidades espirituales, ni hasta donde llegan sus debilidades, de tal forma que buscando su bien, puede ofrecerle lo que no es bueno para él; o, creyendo que va a dañarle, puede prohibirle lo que en realidad le aprovecharía. Los que sois padres tenéis que contar con que no sois infalibles, así tendréis mucho más cuidado cuando tengáis discernir sobre vuestros hijos para educarlos, para prohibirles, para proponerles o exigirles esto o aquello. Éste es un ejemplo sobre la imperfección del amor humano, imperfección que le viene de la ignorancia.

Pongamos otro ejemplo que nos muestre la imperfección del amor a causa de la debilidad de nuestra voluntad. Es muy posible que un padre cristiano entienda que su hijo necesita que juegue con él, y que rece con él, y que dedique un rato del domingo a hablarle de alguna escena del Evangelio. No sabéis el bien que hace a un niño experimentar el afecto de su padre, que pierde el tiempo jugando con él; o que se interesa por sus tareas y le ayuda; y mucho más, el bien que le hace a un niño ver que su Padre dedica un rato del Domingo a hablarle de Dios o de algún pasaje de la Escritura. El alma del niño quedará siempre impresionada por el amor de su padre, lo que le dará seguridad en la vida, y por aquello que ve que a su padre le importa. Pero muchas veces el padre ni se parará a jugar con su hijo, aunque sabe que debiera hacerlo, ni tampoco a estudiar o a rezar, aunque también es su deber, ni mucho menos a hablarle del Evangelio. Y muchas veces no lo hará porque también él está cansado y se ve incapaz e impotente y lo va dejando pasar.

Así pues, en la realidad, los pecados de cada uno, la limitación de nuestro saber o la debilidad de nuestra voluntad, implican una gran dosis de imperfección en nuestro amor. A esto hay que añadirle otra fuente de imperfección, de raíz más profunda: el hecho de que nosotros somos pasajeros y nuestro amor, aunque sea verdadero, pasa con nosotros, desaparece con nosotros y deja el corazón huérfano o viudo o, sencillamente, asolado.

Quiero traer aquí un ejemplo del límite de este amor humano que desaparece y deja el alma, en este caso del amigo, desolada. Es de san Agustín:

En aquellos años, en el tiempo en que por vez primera abrí cátedra en mi ciudad natal, adquirí un amigo, a quién amé con exceso por ser discípulo mío, de mi misma edad, y hallarnos los dos en la flor de la juventud. Juntos nos habíamos criado de niños [...] mas entonces no era tan amigo mío como lo fue después, aunque tampoco después lo fue tanto como exige la verdadera amistad, puesto que no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Con todo, era para mí aquella amistad [...] dulce sobremanera. Hasta había logrado apartarle de la verdadera fe, no muy bien hermanada y arraigada todavía en su juventud [...]

[Cuenta cómo sufrió unas fiebres y cómo al fin, murió]

¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible [...] Le buscaban mis ojos por todas partes, pero no lo veían. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: «He aquí que viene». Me había hecho a mí mismo un gran lío y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme. Y si yo le decía: «Espera en Dios», ella no me hacía caso, y con razón [porque el Dios en el que yo creía era sólo un fantasma...]. Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón.

[...]

Era yo miserable, como lo es toda alma prisionera del amor de las cosas temporales, que se siente despedazar cuando las pierde, experimentando entonces su miseria [...] Y lloraba amarguísimamente y descansaba en la amargura [...]

He aquí mi corazón, Dios mío; helo aquí por dentro. Míralo, porque tengo presente, esperanza mía, que eres tú quien me limpia de la impureza de tales afectos, atrayendo a ti mis ojos y librando mis pies de los lazos que me aprisionaban. Me asombraba que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir, y más me asombraba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otros él. Bien dijo uno de su amigo que «era la mitad de su alma» [lo dice Horacio de Virgilio]. Porque yo sentí que «mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos», y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias, y al mismo tiempo temía mucho morir, porque no muriese del todo aquel a quien había amado tanto.

¡Oh locura, que no sabe amar humanamente a los hombres! ¡Oh necio del hombre que sufre inmoderadamente por las cosas humanas! Todo esto era yo entonces, y así me abrasaba, suspiraba, lloraba, turbaba y no hallaba

descanso ni consejo. Llevaba el alma rota y ensangrentada, impaciente de ser llevada por mí, y no hallaba donde ponerla. [...] Todo me causaba horror, hasta la misma luz [...] y me abrumaba la pesada carga de mi miseria.

A ti, Señor, debía ser elevada para ser curada. Lo sabía, pero ni quería ni podía. Tanto más cuanto que [la idea que tenía de ti era falsa]. ¿Adónde podía huir mi corazón que huyese de mi corazón? ¿Adónde huir de mí mismo? ¿Adónde no me seguiría a mí mismo?

Con todo, huí de mi patria, porque mis ojos le habían de buscar menos donde no solían verle. Y así me fui de Tagaste a Cartago.

[...]

¿De dónde me venía que aquel dolor me penetrara tan facilísimamente y hasta lo más íntimo, sino de que había derramado yo mi alma en la arena, amando a un mortal, como si no fuese mortal?

[...]

Dichoso el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque solamente no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no pueden perderse².

El mismo Agustín, cuando ya era obispo de Hipona, recomendaba a un amigo que se ocupaba en la catequesis de Cartago: «Debemos advertirlo [a quien estamos instruyendo para ser cristiano] con cuidado de que no ponga su esperanza en el hombre, ni en nosotros ni en él mismo, sino que avance con brío en el seguimiento de Cristo y ponga su confianza y su afecto en él. Que se ame a sí mismo y a nosotros y a todos sus amigos en aquel y por aquel que le amó cuando era su enemigo y justificándolo, quiso hacerlo amigo suyo»³ (Que se ame a sí mismo y a nosotros en Cristo, que le amó cuando era su enemigo y, justificándolo, quiso hacerlo su amigo).

² S. AGUSTÍN, *Confesiones* IV, 4-9. Obras Completas II (B.A.C 11, Madrid 1991)

³ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En Obras completas de san Agustín. Ed. José Oroz Reta (BAC 499; Madrid 1988) 467

San Agustín sabe lo penoso que llega a ser el amor humano, cuando no se ordena dentro del amor Dios, por eso insiste en no poner ninguna confianza absoluta más que en Dios. Sólo él debe ser el objeto de nuestro amor absoluto. Y sólo es amor verdadero, no destinado a la decepción o a la perdición, aquel por que el llevamos a Dios a los que amamos y aquel por el que somos llevados a Dios por los que nos aman⁴.

Volvamos ahora al amor perfecto y sin mancha, al amor de aquel que nos conoce, que conoce cada uno de los recovecos de nuestra alma y de nuestros sentimientos, que conoce lo que nos conviene. Volvamos al único amor que se entrega sin medida, que no para nunca de avanzar y no se echa atrás, que no ahorra sufrimiento, ni dolor ni sacrificio por nuestro bien. Volvamos al amor que no muere, que nunca dejará desolada nuestra alma con su abandono ni con su ausencia, a no ser que nosotros mismos lo expulsemos de ella. Volvamos al amor de Cristo.

Pero considerémoslo desde el caso concreto de María Magdalena. Os decía al principio que el amor misericordioso de Cristo se convirtió en una especie de lazo con el que ella quedó ligada a Jesús. Ella fue testigo de la realización de este amor humano y perfecto del que venimos hablando. Y al centrarnos en la Magdalena, nos damos cuenta de que ella vivió este amor, como amor en primera persona, porque el amor verdadero, el humano y el divino, sólo ama lo concreto, se dirige a personas concretas.

María vio y tocó este amor que llegaba a ella, personalmente a ella, y ejercía sobre ella esta atracción de la que hemos hablado. Y, al tiempo que ella se entregaba a la fuerza persuasiva de este amor de Cristo, era liberada, era redimida, de otros lazos que la esclavizaban. Llegó a ella el más fuerte, con su amor perfecto y la conquistó, liberándola de sus antiguas esclavitudes. Experimento la fuerza de estos lazos humanos de Dios.

⁴ Cf. S. AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios* X, 3. Obras Completas XVI (B.A.C., Madrid 1988)

María permanecía vinculada por el afecto a Cristo, por eso había sido la primera en ir a la tumba y por eso permanecía allí llorando. Es como si la muerte hubiera roto aquel dulce vínculo de amor con Cristo, pero aún roto, este vínculo la mantenía junto a la tumba. Ella estaba rota por esta ruptura. Su dolor la hacía despreciar incluso la presencia de los ángeles. Ve a los dos ángeles de blanco, pero ¡qué son los ángeles comparados con Cristo! No aprecia su presencia. Ellos le preguntan por la causa de su llanto y ella responde: **«Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto»**. Su dolor ni siquiera encuentra el consuelo del cuerpo muerto de su Señor, que no aparece, por eso cuando ve al que ella cree que es el encargado del huerto le dice: **«Si te lo has llevado tú, dime donde lo has puesto y yo iré por él»**. Cuanta ingenuidad, cuanta ignorancia, pero cuanta ternura hay en estas palabras, que sin duda conmoverían al mismo Cristo. El Señor desvela entonces su presencia pronunciando su nombre **«María»**. María lo reconoce y lo llama como tantas veces lo habría hecho antes, **«rabboni»**, y se abalanza hacia sus pies para abrazarlo.

Lo curioso es que Jesús no deja que lo abrace, sino que le da una respuesta un tanto extraña: **«Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete donde están mis hermanos y díles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”»**. La respuesta de Jesús ha sido objeto de un sinnúmero de comentarios y de interpretaciones. Yo no me quiero detener ahora en las palabras de Jesús, sino sólo en el movimiento de María Magdalena que se abalanza sobre Jesús con intención de abrazarle por los pies.

Sabéis que la iconografía cristiana, el arte cristiano, ha representado una y otra vez, en todas las épocas y en todos los estilos, esta escena y, en concreto este movimiento de María Magdalena hacia Jesús. La ha figurado en el suelo de rodillas o inclinada extendiendo sus brazos, intentado alcanzar los pies de Jesús. Y todas estas representaciones reflejan también que María no llega a alcanzar a Jesús y parece que éste se mueve para no ser alcanzado por María.

Intentemos detenernos en esta escena: María de rodillas, inclinada hacia Jesús con los brazos extendidos hacia él, hacia sus pies, pero sin conseguir

abrazarlo. María, en realidad sólo conseguirá alcanzar a Cristo cuando participe de su muerte y de su resurrección.

Pero hasta que participe en su propio ser de la pascua de Cristo de forma definitiva, el vínculo de amor que Cristo ha creado, permanecerá guiando el impulso de la Magdalena. Cristo resucitado sigue siendo hombre, su amor por nosotros permanece como amor perfecto y humano, divino y humano y nos atrae hacia sí. Pero atrae a María y nos atrae a nosotros no automáticamente y a todos a la vez, sino libremente y a cada uno con una fuerza que depende de cómo cada uno cultive este vínculo de amor.

Quiero que nos detengamos aquí porque este movimiento de María Magdalena, conquistada por el amor de Cristo, por un amor perfecto, victorioso ya de la muerte, me parece una representación genial de lo que es la vida cristiana en este mundo, de lo que el Espíritu Santo quiere hacer en nosotros en este tiempo de Pascua: que nuestra alma atada ya a Cristo por la dulce persuasión de su amor, tienda hacia él, que está resucitado, que está más allá de lo que ahora, en realidad, podemos tocar, que sólo podremos «tocar», cuando también nosotros participemos de la resurrección.

La vida en la eternidad será disfrutar del amor de Cristo. Esto y ninguna otra cosa. La relación de amor con la propia persona de nuestro Redentor, verdadero Dios y verdadero hombre, un amor perfecto como Dios y al tiempo humano, adaptado a nuestra naturaleza humana, que además, al participar de la resurrección del Señor será divinizada. Ahora, considerad quién es nuestro Señor. Nuestro Señor no se define sino por la relación de amor que tiene desde toda la eternidad con su Padre, una relación de amor que lo engendra como Hijo desde toda la eternidad y por la que él ama al Padre como Hijo desde toda la eternidad. El Hijo no se define por nada propio, nada que no sea esta relación filial con su Padre. Esto es lo que se expresa a cada paso del Evangelio, cuando dice que sus obras son las obras del Padre, o que su palabra es la del Padre, o que él y el Padre son uno, o que todo está en manos del Padre. Pero el Hijo se

define también por otra relación, la del amor con que él ama a todos los hombres y que le llevará a la cruz. En esa relación estamos establecidos nosotros. Nosotros vivimos en esta relación por la fe y los sacramentos y la viviremos plenamente en el cielo. Estas dos relaciones definen la personalidad del Hijo eterno, hecho hombre, muerto y resucitado. Por tanto nuestra relación de amor con la persona de Cristo nos introduce en su relación de amor con su Padre y con todos aquellos hermanos nuestros que vivan en esta misma relación de amor. Sólo aquel amor establecido en el amor de Cristo, vencedor de la muerte, sobrevivirá. En Cristo amaremos a Dios y a nuestros amigos. En él seremos amados por Dios y por nuestros amigos. En Cristo amaremos a Dios y a nuestros hijos, o a nuestros padres, o a nuestros esposos o esposas. En él seremos amados por ellos. Pero sólo en Cristo y sólo aquellos que se mantengan tras la resurrección en esta relación de amor.

Pero entonces estará perfectamente claro que el verdadero centro de atención del amor humano, el verdadero foco de amor, no será mi hijo, ni mi esposa, ni mi amigo, sino sólo él, aquel del que dice el salmo: «**Tú eres el más bello de los hombres**» (Sal 45,3).

Y ahora llegamos a la parte final: esta vida que vivimos ahora, ¿qué es? ¿para que sirve? –Para preparar nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra voluntad para esta relación en la que consistirá nuestra vida verdadera. Por eso, ahora nuestra vida cristiana consiste fundamentalmente dejarse llevar por éste vínculo con el que Cristo ha atado nuestra alma en la cruz y con el que nos atrae desde el cielo. Nuestra vida consiste en este movimiento de María Magdalena que busca abrazarse a los pies de Jesús, aunque aún no puede, porque aún no ha participado de los sufrimientos, de la muerte y de la resurrección de su Señor. Pero si en esta vida nuestra, ya sea en todos nuestros útiles, necesarios y cristianísimos quehaceres, en el confesionario o en la cocina, en los estudios o en el trabajo, lavando a los niños o preparando homilías; ya sea en nuestro ocio, en nuestros hobbies, en nuestras amistades a veces alejadas de la voluntad de Dios; si en todo esto se relaja nuestra tensión, nuestro deseo y nuestra atención, entonces estamos perdidos.

La Escritura está llena de expresiones y de episodios que nos ayudan a mantener viva la tensión del corazón, de la inteligencia y de la voluntad hacia Cristo resucitado, pero hace falta que las usemos, hace falta que recemos, para que, haciendo lo que tengamos que hacer y sufriendo o gozando lo que tengamos que sufrir o gozar, conforme a la providencia de Dios, no se relaje el vínculo creado en nosotros por el amor de Cristo y no se relaje nuestra tensión hacia él. Ya he dicho que el amor que atrae a María y que nos atrae a nosotros no obra automáticamente. Llega a cada una de nuestras libertades y a cada uno de nosotros le corresponde responder por sí mismo. En el cielo se manifestará cómo cada uno ha cultivado este vínculo, no habrá uno que sea igual a otro. Y aunque todos los que lleguen allí, participen del amor de Cristo, y todos sean saciados, no todos tendrán la misma gloria en la participación de este amor.



La Escritura está llena de expresiones que ayudan a mantener esta tensión en nuestra alma hacia Cristo resucitado, especialmente los salmos. Pero por seguir con el asunto de la «atracción» con que el amor de Cristo nos ata, quería proponeros para finalizar unas palabras del Cantar de los Cantares. Aquí la Esposa, la Iglesia y en ella cada cristiano, se dirige al Esposo así: **«Llévame en pos de ti»** (Ct 1,3)

Podríamos muy bien imaginar cómo María Magdalena diría estas palabras a Cristo, o como se las diría Pedro, o como se las diría Juan, o como se las diría su misma Madre, pero ahora las traemos para hacerlas nuestras: **«Llévame en pos de ti»**.

San Bernardo⁵ se pregunta qué es en realidad lo que la Esposa pide a Cristo resucitado cuando le dice «Llévame en pos de ti»? ¿Está pidiendo ser llevada sin más al cielo a la presencia de su Amado? –No –dice san Bernardo–, ella sabe que no es perfecta, sabe que su amor debe ser perfeccionado, sabe que debe llegar allí lenta y penosamente. Lo que pide es que se la permita seguir las huellas de la vida de Cristo, guardar las virtudes de su esposo y abrazar con perfección su misma vida. Y sabe que para esto necesita una fuerza que la permita renunciar a sí misma, tomar la cruz y seguir a Cristo. Eso es lo que pide cuando pide ser atraída por Cristo. Es como si dijera: **«Se muy bien que no puedo llegar hasta ti, sino caminando detrás de ti; pero ni siquiera esto puedo hacer si tú no me ayudas. Te pido pues que me atraigas en pos de ti, porque “Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación” (Sal 83,6)»**. Sabe que la grandeza de su Esposo y de sus virtudes, de su justicia y de su bondad, son muy grandes, como un monte altísimo, y que para alcanzarle necesita una fuerza que no tiene, necesita ser atraída por su amor. Sólo el amor la hace olvidar lo que deja atrás y superar las pruebas que encuentra en el camino.

Imitemos nosotros el amor de María Magdalena en este tender del alma hacia nuestro Señor resucitado, hagámoslo con toda la mente y la voluntad, sin desviar nunca de él el afecto de nuestro corazón, pidiendo que el vínculo de su amor nos atraiga hacia él, «Llévame tras de ti», sabiendo que hemos de pisar sus huellas, que hemos de crecer en sus virtudes, que hemos de avanzar lenta y pesadamente, a través de muchos dolores y penas en el camino de la cruz hasta que nuestro amor crezca hasta él.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.

⁵ S. BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 21. Obras Completas V (BAC 491, Madrid 1987) 291-297